

del cuerpo. Ámase entonces la soledad, la gravedad y el reposo, y búscase el silencio y los sombríos colores; muéstrase temeroso, ríjido censor de los jóvenes, y desconfiado en las empresas: solo se apetece la niñez, puesto que se tocan los extremos. Altéranse entonces notablemente las proporciones del cuerpo: desprendiéndose los cabellos que se encanecen y caen, adelántase la frente, encórvase ó pégase á su tronco la nariz, desaparecen los dientes, y prolóngase de tal suerte la quijada inferior, que no pocas veces llega á encajar la superior besando en seguida la nariz. Los músculos del rostro, ya sobrado débiles, no pueden cerrar bien la boca; tiembla la cabeza sobre el cuello; es mal seguro el paso; descárnanse brazos y piernas; hínchase con frecuencia y pónense edematosos los pies; vense disformes ó cubiertos de callos los dedos de pies y manos, y las articulaciones, regularmente tiesas, se entorpecen y se anudan. No le faltan sus rasgos á la estacion de la caduquez, poco reparables por cierto en la verde senectud de Sileno y Laocoonte, pero sobresalientes en la de S. Jerónimo, si miramos los cuadros de Carracho, del Dominiquin y de Ribera.

SECCION SEGUNDA.

ARTICULO PRIMERO.

ALIMENTOS DEL HOMBRE, Y SUS EFECTOS SEGUN LA DIVERSIDAD DE CLIMAS.

Los que han tratado esta materia contentáronse jeneralmente con decir que podia mantenerse el hombre de vegetales como de animales, sin internarse en la averiguacion de los efectos que acarrearban en punto á la perfeccion física y moral de nuestra naturaleza. Principalmente bajo este nuevo aspecto tenemos que insistir, puesto que de los mismos veremos brotar modificaciones peculiares de la sensibilidad, y predisposicion eficaz á cierto jénero de enfermedades que se rozan con nuestra perfeccion.

Cuando afirmamos ser el hombre omnívoro, no pretenderemos por cierto decir que pueda sustentarse de arcilla, como no dudan asegurarlo Gumilla y el baron de Humboldt de los Otómacos y otros pueblos salvajes, que, en estériles playas (1), engullénsela á veces á falta de víveres, á la manera que

(1) Véase nuestro artículo *geophages* en el *Nouv. Dictionn. d'Hist. nat.*, 2.^a edic.

en nuestros países lo practican por necesidad los lobos en invierno. Tampoco hablaremos de aquella clase de jentes que, por peligroso ensayo de sus fuerzas, tragan guijarros y otras materias incapaces de nutrición. Desde el Esquimal, empero, y el Kamtschadal, que, á par de sus perros, en la misma mesa engullen pescado crudo y corrompido, y beben aceite rancio de ballena, hasta el melindroso Asiático, que se alimenta de azucarados frutos y aromáticos vegetales, y busca refrijerio en fragantes sorbetes; ¡cuántas variedades, y qué distintas especies de alimentos se verían merecer aceptación entre tan diferentes castas humanas! Indudable es pues que nuestra especie puede casi acostumbrarse á todo, mas que sean venenos, puesto que en Laponia, tráganse sin peligro, como quien come espárragos, tiernos brotes de acónito. Rey entre todos los vivientes, debía el hombre ejercer su dominio sobre todos: dirán que cata toda la naturaleza; y ese sinnúmero de gustos ensancha, por decirlo así, el dominio de sus sensaciones y pensamientos, aguzando su espíritu, y obligándole á buscarlo ú observarlo todo.

Esta inmensa variedad del sentido del gusto hácele menos impetuoso y disparado para con un solo objeto. Ruje y enfurecese, por ejemplo, el animal carnívoro en pos de la carne y de la sangre; ningún sabor encuentran los herbívoros mas que en la yerba y los vegetales: son reducidísimas sus comparaciones, y podría decirse que estan formados de un solo elemento. Muy al contrario del hombre, que lo abarca todo, y que prefiere aun, según veremos,

para alimento las sustancias más compuestas de los dos reinos, al parecer, como si el cuerpo del primado de los vivientes no debiese conservarse mas que por medio de delicadísimos materiales, los menos simples y mas perfectos de la naturaleza. Enséñasele con esto á conocerlo todo, puesto que su conservación es para él nuevo objeto de instrucción, cuando por otra parte la ceguera de su instinto arrebatá al irracional hácia su pasto.

Por la conformación interna de sus entrañas, y por sus órganos de masticación, parece el hombre el término medio entre los herbívoros y los carnívoros: sus dientes y la forma de su estómago son análogos á los de los monos, en gran manera frujívoros, como no tardaremos en manifestarlo.

En primer lugar, en el hombre la conformación de las quijadas y los músculos crotáfitos y maseteros, que levantan la inferior, son menos pujantes y abultados que en los animales carnívoros: éranle pues necesarios menos esfuerzos para la masticación. En él no se adelanta tanto el rostro en hocico como en los cuadrúpedos, y es mas pequeña su boca; la articulación de su quijada inferior, lo propio que en los frujívoros, granívoros y herbívoros, ofrece un jinglino menos apretado que en los carnívoros, á quienes era fuerza desgarrar carnes ahembradas y ternillosas: por esto es en nosotros mas capaz de distintos y contrapuestos movimientos, y puede, no solo sajar, si que tambien moler en distintas direcciones materias vegetales. El arco zigomático de los músculos erectores es en el hombre

casi recto horizontalmente, cuando aparece convexo en los carnívoros, quienes necesitaban mas esforzado apoyo: así es que en el hombre deja menos espacio al músculo crotáfito que en estos, cuya fosa temporal puede muy bien albergar aquel robusto músculo (*temporo-maxilar*). Fáltanos á nosotros el hueso incisivo ú intermaxilar superior de los cuadrúpedos, ya les sirva para ensanchar la boca, ya para clavar sus dientes incisivos superiores, caso que los tengan.

Estos son en el hombre análogos á los de los monos; con todo, algunos de estos cuadrumanos semicarnívoros tienen mas largos los colmillos; tales son los babuinos (*cynomolgus*); véñeseles como á nosotros cuatro incisivos superiores y otros tantos inferiores, dos colmillos y diez muelas en cada quijada, componiendo su total treinta y dos dientes; los tíes, empero, y los monos de América tienen dos muelas mas en cada quijada, de suerte que compone su total treinta y seis (1).

(1) Poseen los carnívoros seis incisivos en cada quijada, dos colmillos, de diez á doce muelas unos, y otros de ocho á diez, ó sea, de treinta y cuatro á cuarenta y dos dientes. Los animales roedores, como el raton, el castor y la liebre, tienen únicamente dos incisivos superiores y otros tantos inferiores; faltanles los colmillos, y solo les cupieron de tres á cuatro ú cinco muelas á los dos lados de una quijada, es decir, de diez y seis á veinte y dos dientes. Los rumiantes sin cuernos, como los camellos y cervatillos, presentan dos incisivos superiores y seis inferiores, uno ú dos colmillos á los dos lados de una quijada, de diez á doce muelas en cada una; total, de treinta y cuatro á treinta y seis; á los cornudos fáltanles incisivos superiores;

En nosotros, solo las pequeñas muelas estan armadas de tubérculos ó puntas (1), y con los colmillos componen la parte carnívora, mientras las muelas aplanadas constituyen la herbívora de nuestro destino de catar todas las producciones de la tierra. Augusto Broussonet ha dicho que era el hombre herbívoro ú frujívoro como doce, y carnívoro como ocho: esta proporción sin embargo, aunque deducida del sistema dentario, sufre sus variaciones segun los climas. Es innegable que el Mogol, abasteciéndose bajo el yerto horizonte de la Siberia de

tienen empero ocho inferiores; tampoco se les encuentran colmillos, si se exceptua el ciervo, que los tiene en la quijada superior; véñeseles doce muelas de cerco liso en cada quijada: total, treinta y dos dientes. Los solípedos ó pati-enteros, tambien herbívoros, muestran seis incisivos en cada quijada, dos colmillos en la superior solamente, y doce muelas en ambas.

(1) Si les faltan incisivos superiores á los herbívoros, y colmillos á los roedores, tambien poseen en su defecto mayor número de muelas.

Todos estos tienen liso cerco con una hojuela de esmalte para moler las yerbas y otras particulas vegetales. En los rumiantes ó perfectos herbívoros y los pati-enteros, forman esas láminas duras una media luna ó líneas serpeantes para mascar perfectamente los tronchitos herbosos, lo que se consigue con tanta mayor facilidad por cuanto tienen las quijadas un movimiento lateral ú horizontal combinado con el perpendicular. Al mascar el perro la grama para provocar el vómito, métela hasta lo mas hondo de la boca, á fin de triturarla con sus últimas muelas, puesto que las anteriores rematan en punta, para con ella poder desgarrar la carne y quebrantar los huesos. Esta conformacion angular y afilada de las muelas en los carnívoros es especialmente tricúspide y notabilísima en los gatos, que son los animales mas carniceros por cierto entre los cuadrúpedos.

cruda carne de caballo, tiene agudísimos y desviados los dientes, cuando el Cafre, alimentándose de frutas y yerbas, á guisa de los monos sus antiguos compatriotas, y viviendo bajo ardoroso cielo á la sombra de las palmeras y plátanos de la zona tórrida, preséntalos anchos, uniformes, anivelados y bellísimos (1).

Así es que en los abrasados soplos del verano anteponemos los vegetales á la nutritiva y no pocas veces corrompida carne, cuando, por el contrario, la buscamos en invierno, al sentir un frío estremado que provoca el apetito y exige vigorosa reparacion vital.

Lo restante de nuestra estructura no nos constituye menos herbívoros ó carnívoros que la configuracion de las vísceras, dientes y quijadas.

En verdad que nuestro estómago es harto sencillo y de mediana capacidad, como el de los carnívoros; preséntanos empero, dejando aparte un apéndice vermiforme, un intestino ciego mayor que en estos, si bien menos largo que en los frujívoros propiamente tales, como son los roedores. Si nos ofrecen los carnívoros intestinos cortos y estrechos, y anchísimos y largos los herbívoros, ocupan los del hombre un término medio.

(1) Los primeros hombres fueron tenidos por frujívoros; Heyne, *Opuscul. acad.*, tomo 1, páj. 366. Aun hoy dia encuéntranse naciones frujívoras, segun Kempfer, *Amœnit. exot.*, fascic. 4, relat. 9; Hasselquist, *Palest.*, páj. 501; Grose, *Voyage*, páj. 297; Adanson, *Relat.*, páj. 38; Pison, *Brasil*, lib. 1, páj. 12; Lery, *Navig.*, páj. 109; Venegas, *Californ.* Lo propio asegura Salustio de los Númidas, *Bell. Jugurht.*, etc.

Nuestros intestinos dan de seis á siete veces nuestra longitud, y lo propio podria decirse de los monos, puesto que los del cefo dan ocho veces su longitud, en otros monos seis, y cinco en los mas carnívoros. Los carnívoros tienen intestinos de dos, tres y cuatro veces su longitud. En los *chupa-sangre*, como el icneumon y el nóctulo, solo doblan su longitud los intestinos, por ser su alimento de fácil digestion y putrescible. En los leones, tigres y pante-ras, solo triplican su longitud, cuadruplicándola en el lobo, y dándola cinco veces en el perro y en el gato doméstico, si bien en el montaraz solo la triplican, efecto de no comer en tal estado tantas sustancias vegetales.

Los frujívoros y herbívoros empero ofrecen intestinos mucho mas largos en sus redobles, aun sin hablar del ancho ciego que presentan la mayor parte, ni del reforzado estómago, cuádruplo en los rumiantes, y quíntuplo en los cetáceos. Intestinos hay de liebre y conejo que dan hasta doce veces su longitud; no llegan á tanto los de la rata, á causa sin duda de que masca algunas veces carne: algunos empero de los camellos y dromedarios la dan de doce á quince veces; llega hasta veinte y dos en el toro, y á veinte y ocho en el morueco, siendo esta por decirlo así, la mayor estension conocida; así es que dichos animales son esencialmente herbívoros. Los de las aves son jeneralmente cortísimos, en razon de que, siendo mas granívoras, érales fuerza acudir á lo mas sustancioso en escaso bulto, por no declinar en pesadas: concedióles al efecto la natu-

raleza un buche propio para reblandecer las semillas, y una molleja muscular y ternillosa por dentro para molerlas y desmenuzarlas.

Los carnívoros ofrecen por lo regular vísceras membranosas, mientras que los herbívoros las tienen mas robustas y musculosas, y esto á causa de caberles sustancias de trabajosa elaboracion. Por tanto sentarémos por principio fisiológico, que es robusto en los herbívoros el sistema interior visceral, y débil el muscular esterno; muy al contrario de los carnívoros, que tienen débil el interior, y vigorosísimos los órganos de la vida exterior. Un leon es mil veces mas pujante que el buey y el caballo, no obstante ser estos mas corpulentos. Nota tambien Buffon que, por mucho que se cuide á un alazan durante largo viaje, nunca podrá resistir tanto las fatigas como un hombre á pie: síguese pues de ahí que, empleada como alimento, la carne da nueva pujanza á la vida exterior ó relativa.

Esta diversa conformacion de herbívoros y carnívoros indica claramente que no nos es dado en todo rigor llamarnos capaces de vivir únicamente de vegetales ó materias animales, como no dudaron afirmarlo filósofos mas sistemáticos que naturalistas (1).

Conteniendo las yerbas y los frutos poquísima

(1) Broussonnet, *Mem. sur les dents*, nos llama *fitófagos* como 12 á 8, lo propio que Daubenton, *Mem. sur les indigest*; W. Hunter, *Hist. of Teeth*, 2.^a edic., Lond., 1778, en 4.^o, part. 11, afirma que somos igualmente frujívoros que carnívoros. Helvecio, *De l'homme*, tomo 1, páj. 17, nos llama *carnívoros*. Buffon prueba que somos omnívoros por esencia; lo propio aseguran

sustancia en gran volúmen, haciase indispensable que los frujívoros y herbívoros pudiesen á la vez engullirlos en gran copia; era precisa larga operacion, un desmenuzamiento cabal, para estraer de la mole de hebras vegetales las porcioncillas nutritivas: de ahí el que rumien ciertas especies, y el mas largo movimiento intestinal en los roedores, etc. Los carnívoros, al contrario, encontrando en pequeño volúmen un sinnúmero de particillas nutritivas, no necesitaban por cierto tanto esplayamiento de órganos viscerales, antes por otra parte érales fuerza, para impedir la corrupcion de la carne y sangre, evacuar prontamente el residuo: de ahí es que el colon es en ellos menos abotagado y largo que en nosotros.

Los herbívoros engullen por cierto á redobles, por necesidad, puesto que escasea el jugo alimenticio; no así los carnívoros, á quienes por razon contraria, les es asequible, despues de copiosa comida, ayunar algunos dias.

El hombre, no obstante ser mas frujívoro ú herbívoro bajo los calurosos climas, y carnívoro en las estaciones y países frios, puede con razon llamarse omnívoro, por mantenerse igualmente con vegetales y sustancias animales; así es que el decantado sistema pitagórico ú herbívoro, en cuya alabanza se hacen lenguas Cocchi, Hecquet, Wallis, y Juan

Haller, *Elem. fisiol.*, lib. XIX, secc. III, páj. 189; Blumenbach, *Gen. hum. var. nat.*, secc. 1, páj. 48; Rousseau, *Discours sur l'inégal.*, not. 11; Alej. Monro, *Ess. on compar. anatomy*, páj. 17.

Jacobo Rousseau, no fuera bastante á conservarnos en nuestras frias rejiones, ni mucho menos en las del norte, como incontrastablemente prueban Bufon y otros célebres autores. El réjimen enteramente animal, por quien claman Tyson, Andry, Arbuthnot, Jano Planco, Helvecio, etc., no es nada á propósito para los climas cálidos: efectos suyos son las enfermedades agudas, pletóricas, biliosas, siu olvidar las disenterías, que tan caras cuestan todas ellas á los Ingleses, aferrados en comer tanta carne en sus colonias, bajo los trópicos, como bajo el frio y nubloso cielo de la Gran Bretaña (1).

Guíanos perfectamente en esta parte el instinto ú impulso de nuestros apetitos: hermanándose con la naturaleza y menos estragados por facticios gustos, prefieren los niños las frutas á la carne; despues de haber abusado de las sustancias animales, en verano sobre todo, recuérdannos aquel instinto las ardientes calenturas. Nosotrós no tenemos las garras de los carnívoros, para destrozár la presa, ni la panza y falta de incisivos superiores, para sernos fuerza contentarnos con yerbas: dijérimoslo empero casi todo, en tanto que los jugos gástricos del leon ó del águila nada pueden con el pan, y los cuatro estómagos de la mayor parte de los rumiantes no son bastantes á disolver la carne. Nótese por hecho singular que murieron de calentura inflama-

(1) Schreber, *Sacugthiere*, tomo 1, páj. 39, asegura existir muchos mas frujívoros que puramente carnívoros, así como hay muchos mas polígamos que monógamos.

toria algunos cerdos, á poco de alimentarlos con carne de su misma especie (1).

Rozándose el hombre con la especie de los monos, si miramos su mútua estructura, pudiendo si le place encaramarse por los árboles, manifestando en su desnudez que su comun padre debió haber visto la luz primera bajo los trópicos ó en rejiones cálidas; ello no puede menos de confesarse que es mas frujívoros ú herbívoros que carnívoros. Córrase desde el norte al mediodía, y veráse ir prevaleciendo por grados el réjimen vegetal al animal. Devora el Inglés su *rosbif*, olvidándose del pan; no así el Francés, que ya usa mas ese precioso alimento, ni menos el Italiano, cuya ordinaria comida son sus macarrones, su *polenta* y escelentes legumbres. Horrorízanse los habitantes de la India meridional solo con ver la sangre de los animales y acercar la carne á su boca: nútrense solo de azucarados y delicadísimos frutos de palmeras, plátanos, etc., de arroz ó de leche. Únicamente en las heladas rejiones casi es fuerza alimentarse de carne, y allí es donde á proporcion se esplaya tambien el ferocísimo é irracional carácter de los salvajes (2).

(1) P. Petit, *De morib. antropophagorum*, lo probó.

(2) Dutertre, *Antill.*, páj. 147, y Charlevoix, *Nouvelle-France*, tomo III, páj. 179, aseguran perderse mucho las fuerzas, abandonando el alimento de carne, lo que está probado con los salvajes de América. Segun Teof. Lobb, *Ess. on diseases*, etc., de nada serviría en el norte el alimento vegetal. Cuando uno viaja al norte, trae consigo ambos alimentos, *Rec. de voyag. au nord*, tomo 1, *avertissement*. En la América septentrional, comen al-

Es de notar que sufren mudanza los excrementos y secreciones en el individuo que, acostumbrado á mas sustanciosos alimentos, antepone el régimen vegetal: varían por lo mismo notablemente los excrementos y orina del perro, segun se le da pan ó carne. Solo se encuentran carbonatos calizos por cálculos vejigales en los herbívoros, sin embargo de notarse no poco fosfato de cal en sus intestinos: al contrario de lo que acontece en los carnívoros y en el hombre, en cuya orina siempre se ven fosfatos calizos, y nunca carbonatos calcáreos. Vese tambien en los hombres que engullen mucha carne, como igualmente en los carnívoros, gran copia de úrea, y no menos ácido úrico y concreciones calculosas y artríticas: síguese pues que un régimen vegetal templado, si bien vigoriza menos, es sin embargo mas saludable (1).

gunos carne cruda. Fil. Salv. Gily, *Saggio di stor. Amer.*, tomo IV, páj. 120. Pujati, *ibidem*, dice lo propio de los Morlacos; tambien los Samojedos, insiguiendo á Klingstædt, *Mem.*, 1762, en 8º.; Curtis, *Philos. trans*, tomo LXIV, parte II, páj. 381. Muy carnívoros son igualmente los salvajes en la América austral, si creemos á Winter. *Collect. de Hackluyt*, tomo III, páj. 751, y á Froger, *Voyages de Gennes, etc.*

(1) Christ. Gottl. Ludwig, *Dissert. de victu animali*, Lips, 1750, en 4º. Segun Buffon, impediríale al hombre reproducirse una vida puramente pitagórica; ello no obstante es innegable que naciones enteras, aunque flojas, por comer únicamente vegetales, no son por eso menos fecundas. Helvecio, *de l'homme*, tomo II, páj. 17, dice que somos por inclinacion mas carnívoros que frujívoros, lo que deberia concretarse á las fríjidas comarcas.

Dícese de la carne, y en especial de la cecina, que escita al escorbuto en los marinos. Con todo, Lind prueba ser infundada tamaña acusacion, aunque sea cierto que contribuyan felizmente los vegetales á desterrar aquel achaque maligno. Y conformándose este autor con Monro y Wilson, trata por el contrario de otro escorbuto, hijo del uso harto continuo del régimen vegetal, que solo puede desvanecerse empleando para ello el animal. En efecto, las sustancias sobrado faltas de ázoe nunca pueden nutrirnos bastantemente; las yerbas por lo mismo debilitan en gran manera nuestra constitucion, y de ello resulta no pequeño declive hácia la descomposicion de los humores, mas no así el pan, que abriga ya sustancia animalizada, cual es el glúten. Preséntase casi sin fibrina la sangre, y entonces viene á mantenerse flúida aun fuera ya del cuerpo, aunque no tenga esto cabida en los animales puramente herbívoros, como son los toros. Quitase con el uso de la carne esa especie de escorbuto, á la manera que se disipan con remedios tónicos y sustancias animalizadas las estrangurrias y otras discrasias de las vísceras intestinales. Recuérdanos pues á cada paso nuestra constitucion un régimen mixto como el mas saludable. Menos desventajas ofrece en verdad la costumbre de comer pescado que la de comer carne, puesto que, por decirlo así, no animaliza ni nutre tanto; y así sucede que en todas relijiones se estila en los dias de penitencia, sin que de su uso aparezca otro inconveniente que el no despreciable de fomentar tenacísimas enfermedades en la piel,

escitando á mas de eso el sistema linfático: siendo sin embargo animal dicho alimento, es menos temible su uso frecuente en los climas frios que bajo los trópicos.

No contenta la pródiga naturaleza con brindarnos todos los entes para entresacar nuestro alimento; viendo que era nuestra morada toda la tierra, reyes además de todos los vivientes, permitiéndonos preferir los mas delicados, sabrosos y digeribles. Así es que en el reino vegetal, los frutos, las semillas, las féculas, los zumos melíficos, las almendras, etc., y en el animal, la leche, los huevos, el tuétano, la carne de los herbívoros y su jugo, son de todos modos los alimentos mas nutritivos, sabrosos y llenos de sustancias orgánicas. Nuestro cuerpo debia componerse de elementos mas sutiles que los de los irracionales. Aun mas; el cuadrúpedo pace ó devora su presa cruda y sin condimento, y su recio estómago disuelve con presteza los mas duros manjares: no así por lo regular en nosotros. Por mas que entre los salvajes y bajo destemplados climas sobre todo, fuerce un hambre canina á dixerir carnes abundantes y crudas, grasas y sebos, el habitante de los trópicos, el hombre orijinal, no puede con ellas. Un Africano á lo mas podrá, aromatizando antes su estómago, disolver carne casi ya tostada y medio corrompida por los ardores del sol. De ordinario empero posee nuestra especie vísceras digeribles mas delicadas que los cuadrúpedos; de ahí la costumbre de cocer y condimentar los alimentos, prueba incontestable de apacibilidad y civilizacion. Al pin-

tarnos Homero un hombre sanguinario y salvaje, Hámale *crudivoro*, pues en efecto semejante costumbre trae consigo entrañas pujantes y apetitos correspondientes á osos y leones, al paso que un estómago endeble, que puede apenas con alimentos livianos y cocidos, demuestra por lo mismo un individuo delicado, sensible y racional. Sabido es en efecto el vigor y actividad que adquieren, por la endeblez de los órganos interiores, las funciones de la existencia exterior ó relativa; es innegable que un carácter pensativo daña, si no impide la digestión, y el hombre reflexivo y sabio á nadie debe estas prendas mas que á la escesa debilidad de sus vísceras. No hay mas que mirar la naturaleza: adelantase en el cuadrúpedo el hocico para agarrar la presa, y retrocede su cerebro; en el hombre, al contrario, ocupa este una ancha y noble frente, mientras aparecen cortas sus quijadas, puesto que en nosotros es antes que la conservacion el pensamiento, muy de otro modo que en los irracionales.

Debemos igualmente á la debilidad de nuestro sistema visceral ser los únicos entes que usan la sal, los condimentos y especias, para escitar mas eficazmente la potestad digerible, lo propio que las bebidas espirituosas tónicas ó fermentadas, para promover el empuje de las funciones internas de la nutricion. De ahí el arte de la cocina en los pueblos finos y afeminados, funestísimo á la verdad, por ser la fuente de innumerables enfermedades, hijas del prurito gastronómico de avivar el gusto por medio de la escitacion. Mas adelante veremos cuántos acha-

ques se deben á sus encarecidos adelantamientos (1).

Si tendemos la vista sobre el abundante y fácil alimento que puede el hombre prometerse á favor del cultivo de las tierras, la cria de los ganados y la proteccion de un buen gobierno, no nos causará maravilla su extraordinaria propagacion. Los animales, cuando ya domésticos, casi siempre son capaces de enjendrar, mientras en su estado salvaje se ven espuestos á largas y frecuentes continencias, sin serles dada la procreacion mas que una ó dos veces al año. En medio de sus selvas y desiertos, arastrando dura y trabajosa existencia, y siéndole fuerza contentarse con escasa comida, muéstrase el salvaje americano poco fecundo y amoroso, obligándole á ser casto la necesidad de robustecerse. Así pues, la facultad de reproducirse en todos tiempos es hija del alimento arreglado y abundante que se toma entre los pueblos civilizados (2).

ARTICULO SEGUNDO.

SOBRE ALGUNOS ALIMENTOS CORRIENTES EN DIVERSOS PUEBLOS.

El primitivo tronco de la especie humana debió criarse en caluroso clima, puesto que en nuestro estado natural somos incapaces de sufrir el rigor del frio, por nacer desnudos: son pues los trópicos la cuna del jénero humano, como tambien la patria de

(1) *¿Vis numerare morbos? Coquos numera*, dice Séneca.

(2) Prescindimos aquí de los efectos de la estacion erguida, que ya llevamos espuestos.

los monos. En esas opulentas comarcas derramó naturaleza sus dones; los árboles de aquellos países se ofrecen siempre cargados de agradables frutos, y bríndanos la tierra con innumerables vejetales alimenticios: compruébalo el sinnúmero de vivientes herbívoros y frujívoros que allí se han propagado, y mas aun el portentoso abasto de comestibles vejetales que allí observaron los botánicos. Puéblanlas igualmente el hombre, los monos y los papagayos, y alimentan á los tres unos mismos frutos. Descansa el Indio al pie de la palma, encarámase por el tronco el mono, posa el papagayo en las hojas, y todos comen sus dátiles (1).

Dirán que por eséncia es frujívoro el habitante de los trópicos, avasállale su conformacion, incítale su instinto, y nunca jamás le niega la tierra producciones vejetales. Es indudable que la carne puede en esas calurosas rejiones ser perniciosa al

(1) Los antiguos atribuyeron á nuestros primitivos padres la vidafrujívora que pertenece tambien á los monos. (Lucrec., *De rer. nat.*, lib. vi, vers. 937; Estrabon, *Geogr.*, lib. xiii, páj. 885; Vitruvio, *Arquit.*, lib. ii, cap. i; Ateneo, *Deipnos.*, lib. i, páj. 12; Diod. Sic., *Bibliot.*, lib. i; Plutarco, *Moral.*, tomo ii, páj. 158; Pausanias, lib. viii, cap. i; Herodoto, *Hist.*, lib. iii, n.º. 100; Plinio, *Hist. nat.*, lib. xv, cap. xxv; Isidoro, *Origin.*, lib. xvii, cap. vii; Porfir., *De abstinent.*, lib. ii; Aulo Gelio, *Noct. att.*, lib. v, cap. vi; Agatárquides, *Bibliot. de Focio*, cap. xxii). Adáptase á nuestra naturaleza en el medio-día sobretodo. Car. Jacobo Saillant, *Ergo proprium hominis alimentum, vegetabilia*, Paris, 1771, en 4.º, atribuye no pocas enfermedades al uso de la carne, *προσφάγια*; y Daubenton, *Mém. sur les indig.*, páj. 27, dice que muchas naciones son aun frujívoras. (Véase lo que dice Rousseau, *Disc. sur l'inégalité*, nota 13).